

El imitador

Cuento tradicional de Ghana

Somos lo que somos

Los nuevos ídolos –cantantes, modelos, actores, deportistas– son imitados por sus fans en todo. ¿Habremos perdido la cabeza? En una aldea vivía un hombre al que le gustaba imitar a los demás. Pasaba el día copiando voces, gestos, miradas... Todo el mundo se reía de él y le acusaban de no tener personalidad. El hombre se marchó en busca de algo sorprendente. Y lo encontró en un bosque en el que a unas extrañas criaturas se les separaba la cabeza del cuerpo al decir «testa»... y les volvía a su sitio al decir «pongo». El hombre, que observaba escondido tan mágico suceso, pensó en lo famoso que se haría, y volvió a su aldea. Reunió a todos y, en medio de un silencio sepulcral, se separó la cabeza del cuerpo y se la puso a los pies. «Ooooooh!», gritaron boquiabiertos, sin salir de su asombro. El imitador permaneció varios días sin cabeza y sus vecinos tuvieron que disculparse para atender sus tareas cotidianas.

Así es que el imitador no tuvo más remedio que pronunciar las palabras mágicas para que la cabeza volviera a su sitio. «Pinga», dijo con certeza, pero nada se movió. «Pungo», «pengo», «panga»... ¡Nada de nada! «Polgo, palgo, pulgo...». ¡Tampoco! Había olvidado la palabra mágica y se pasó toda la vida intentando recordarla sin obtener resultados.

Si copiamos a los demás, corremos el riesgo de olvidar quiénes somos, y puede ser peligroso para nuestra salud mental.

18

CUENTOS
DEL MUNDO

Sofía Sánchez Adalid

THE WORLD'S
TALES

William Lyon

The Imitator

Traditional Ghanian Tale

We are what we are

The new idols –singers, models, actors, athletes– are imitated by their fans in everything. Have we lost our heads?

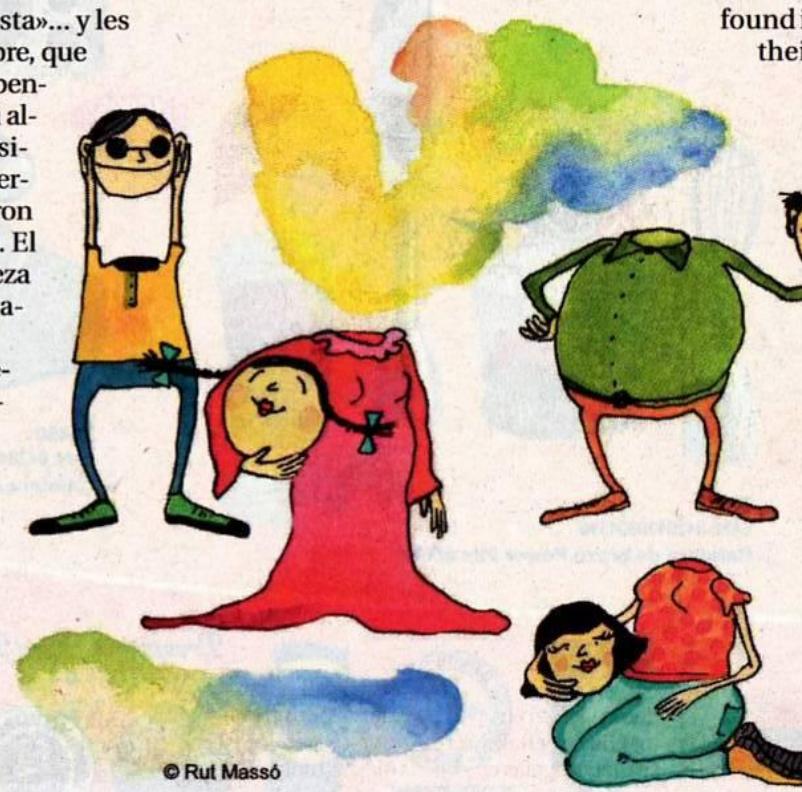
In a village there lived a man who liked to imitate other people. He spent the day copying voices, gestures, looks... Everyone laughed at him and accused him of having no personality.

The man went in search of something surprising. And he found it in a forest where some strange creatures separated their heads from their bodies when they said «head»... and returned them to their places when they said «pongo.» The man, who hid and observed this magic happening, thought how famous he would be, and returned to his village. He gathered everyone together and, in the middle of a deathly silence, separated his head from his body and put it at his feet. «Ooooooh!», they shouted open-mouthed, astounded.

The imitator spent several days without his head, and his neighbors had to go and attend their daily tasks.

So it happened that the imitator had no choice but to pronounce the magic words so that his head would return to its place. «Pinga», he said with certainty, but nothing moved. «Pungo», «pengo», «panga»... Nothing at all! «Polgo, palgo, pulgo...» No way! He had forgotten the magic word and spent his whole life trying to remember it without any success.

If we copy others, we run the risk of forgetting who we are, and it can be dangerous for our mental health.



© Rut Massó